

LA INTERIORIDAD OBJETIVA EN SCIACCA

NARCISO JUANOLA

El idealismo objetivo trascendentista y teísta de M. F. SCIACCA rechaza el historicismo y el practicismo empirista. Hay, dice, un perenne descubrimiento de la verdad y no un desarrollo de la verdad (idealismo historicista)¹.

Al idealismo historicista, SCIACCA opone su idealismo objetivo: La verdad no nace del desarrollo del pensamiento, sino que el desarrollo del pensamiento nace de la verdad. Una cosa es la historia de la verdad y otra la historia de su humano descubrimiento.

Admitir que la mente finita abarque a la verdad en un momento histórico, es adecuar la mente con la verdad, hacer de ella algo contingente: es inmanentismo.

SCIACCA afirma que hay una verdad primera de la cual participa la mente y respecto a la cual es trascendente. El inmanentismo no es sino naturalismo y positivismo. Admitir sólo verdades finitas es anular la verdad en la temporalidad. La verdad nunca se descubre exhaustivamente, pero, una vez descubierta una verdad, es la que es siempre.

La verdad tiene unos caracteres divinos; la mente no los tiene. Hay que distinguir, pues, la verdad-objeto de la mente y la mente-sujeto pensante, sin que ésto suponga separación. No hay verdad no-pensada, pero esto no significa que se identifique la verdad con el acto de pensar. La verdad es un objeto dado y no planteado. La verdad está presente a la mente, pero la trasciende. La mente tiene

1. M. F. SCIACCA, *La interioridad objetiva*, Introducción, Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1963, 2.ª edición revisada.

algo de divino en ella. La mente participa de la divina verdad. La verdad tiene un valor ontológico.

El pensamiento moderno ha identificado la búsqueda con la verdad, el pensar con el crear, el pensamiento con la verdad. Así, Pensamiento y verdad se identifican en la inmanencia absoluta y Dios es el mismo Pensamiento absoluto en su devenir perenne: Dios inmanente.

De afirmar que la verdad absoluta es planteada por el pensamiento se pasa a considerar la verdad como relativa, ya que aquélla era mítica, teologizante, dogmática y abstracta. Finalmente, la verdad se problematiza y se concluye en la negación de Dios: si no hay verdad no hay Dios; si Dios no existe está la nada de la verdad. Y si Dios no existe todo es lícito (nihilismo y problematismo).

Es imposible, afirma SCIACCA, fundamentar una verdad absoluta en el pensamiento humano a él inmanente. La afirmación de que nada es verdad se autodestruye y la verdad renace de sus propias cenizas. Entonces la existencia de Dios tiene su razón de ser. El problema teológico es, pues, intrínseco al dinamismo espiritual.

Al espiritualismo cristiano de SCIACCA le es esencial el principio de espíritu. El espíritu implica un elemento incompatible con el inmanentismo. SCIACCA rechaza la disolución de la metafísica del ser-verdad en el pensamiento (gnoseologismo). La filosofía de SCIACCA es una filosofía de la Idea, es decir, del ser presente a la mente como Idea o verdad. La inteligencia es intuitiva, no discursiva. Los principios en virtud de los cuales se constituye la validez del juicio no son juzgables por la razón. Hay, pues, un fundamento del conocer racional².

El principio de verdad de todo juicio racional es la idea del ser en universal, que es intuita. El ser-Idea es el objeto primero de la inteligencia, el principio de toda actividad espiritual, el principio de inteligibilidad de la vida espiritual.

En primer lugar está, pues, el problema metafísico de la verdad, de cómo el hombre es capaz de verdad, de si la mente participa de la verdad. El principio de toda verdad es el ser, objeto de la inteligencia y, como tal, Idea o verdad. La Idea está dada como objeto a la inteligencia, a la cual es interior, sin que ella la cree. Dicha

2. *Idem.* Capítulo I: *Perspectiva general.*

Idea hace que la mente sea inteligente y trasciende todo pensamiento pensado.

La estructura ontológica del hombre es un encuentro de finito e infinito, un esfuerzo de conformación al ser, del que se participa por su presencia objetual a la inteligencia. El hombre, no puede adecuarse a sí mismo.

No hay conocer racional sin inteligencia de la verdad, sin la intuición fundamental del ser o de la verdad, sin la presencia de la verdad en la mente.

No hay ser para la mente humana sin la inteligencia o el ser como Idea (idealismo). Pero no hay Idea porque el pensamiento la piense, sino que el pensamiento piensa porque le ha sido dado el ser como Idea (idealismo objetivo). No hay verdad sin pensamiento, pero tampoco hay pensamiento sin verdad: el pensamiento tiene por objeto el ser-verdad (metafísica de la verdad, de la experiencia interior). Tal Idea le ha sido dada al hombre por el Ser absoluto (idealismo trascendente y teísta).

La interioridad sciaquiiana se basa en un interior conocimiento de la verdad. Es el problema de la presencia objetiva de la verdad a la mente, del objeto como luz de la mente o como Idea del ser, de la síntesis inteligencia-objeto, síntesis ontológica, intuición originaria: la Interioridad Objetiva.

La Idea del ser es también Idea del bien y de lo bello. Ella trasciende la razón inmanentista y hace desembocar la filosofía en Dios. Nada del mundo humano-natural puede adecuar la Idea-objeto. La infinitud de la verdad intuida impulsa al hombre a sobrepasarse. Esta presencia siempre presente del Ser que, presente como Idea, está ausente como existencia, es, intrínsecamente, trascendencia.

SCIACCA no dice nunca que se intuya el Ser, ni que se lo conozca en su esencia. SCIACCA afirma que sólo tenemos su Idea, por lo que el hombre debe elevarse a la intuición del Ser en sí, si bien esto es imposible en el orden natural.

Pensar, dice SCIACCA, es pensar en Dios. El hombre piensa porque Dios existe. La prueba de la existencia de Dios es intrínseca al dinamismo espiritual. Dada la inteligencia es contradictorio negar a Dios. Dios es íntimo a la inteligencia.

La Idea es trascendencia siempre. Ello impide que el hombre se encierre en la naturaleza o en la ciencia. La Idea abre al ser humano

hacia el Ser en sí. Nada conforma a la Idea, que está en nosotros y nos trasciende arrastrándonos al infinito.

Es en la verdad-objeto de la mente donde se encuentra el fundamento del valor de la persona humana. De ella está presente Dios, una luz divina, un depósito sagrado. Por ello, la persona es sagrada, ya que el ser como Idea es lo divino en el hombre. El hombre tiene la verdad por don de Dios y para que testimonie de Él. Éste es el verdadero y único idealismo.

La antropología sciaquiiana estudia al hombre como sujeto o conciencia pensante, es decir, estudia la interioridad, el espíritu. La verdad no está inmanente en la razón, de lo contrario la razón conforma el orden natural y éste satisface las exigencias de la razón y es entonces cuando el principio de interioridad se reduce a la pura razón científica (exterioridad), cuyo objeto es el orden inmanente de la naturaleza³.

La trascendentalidad kantiana halla su límite insalvable en la experiencia, la cual conforma y satisface la conciencia trascendental. HEGEL, al transformar la trascendentalidad kantiana en principio metafísico, identifica ser, pensamiento y Razón absoluta, que se desarrolla de manera inmanente. GENTILE identifica ser y pensar en acto (acto de pensar). En resumen: por un lado la razón como medida de la verdad; por otro, la experiencia como límite de la razón (la interioridad se identifica con la subjetividad).

SCIACCA afirma que el hombre tiene en sí la presencia de lo infinito, lo que hace posible que no se reduzca la interioridad a la subjetividad inmanentista. SCIACCA rechaza la inmanencia entendida como inmanentismo ya que pretende actuar en el hombre y a través del hombre, y sólo en el orden natural y humano (histórico), la perfección total y la finalidad última del ser humano. Según ello, el hombre halla la solución última y la inteligibilidad suprema de sí (de su existencia y destinación) en sí mismo y en la vida, es decir, que el mundo, la ciencia y la historia lo conforman perfectamente.

Pero esto es contradictorio: por una parte implica la reducción del ser humano a lo finito, a fin de que la finitud de la naturaleza y de la historia (del curso temporal de su vida y de lo perpetuo de la humanidad) puede adecuarse; por otra parte, implica la amplifi-

3. *Idem*. Capítulo II: *La interioridad objetiva*.

cación del hombre mismo al infinito, una amplificación que se satisface siempre de manera inmanente en lo finito de la naturaleza (retoricismo). En verdad, dice nuestro pensador, el inmanentismo, al hacer absoluto al hombre, convierte en absolutos a los valores que expresa y crea, absolutización de comprobada insuficiencia que impulsa al hombre a pasar de superstición en superstición. El inmanentismo, pues, se caracteriza por mantener la subjetividad como creadora de la verdad y de la realidad, que son su desarrollo y perenne posición, es decir, que el pensamiento es la verdad en sí, asumiendo la subjetividad como absoluta. Ahora la interioridad viene a significar la adecuación del espíritu a la naturaleza o a lo finito (positivismo materialista y cientifismo naturalista). Una vez adquirida la conciencia crítica de esta retoricidad de la absolutez e infinitud del pensamiento, se toma la arrogancia de un infinito condenado a la finitud invencible.

La interioridad sciaquiana es metafísica, implica trascendencia, presencia de Alguno que, sin ser nosotros, está en nosotros. La Interioridad sciaquiana hay que entenderla como presencia de la verdad, como una interioridad que se nutre de la verdad fecundante e iluminadora. El elemento objetivo intuido por la mente es constitutivo del hombre, es decir, que el hombre es un ser espiritual y pensante por la presencia del ser. Su tarea consistirá en adecuar su actividad a ese infinito, dándose cuenta de que el mundo no lo conforma. La intuición del ser es el elemento objetivo infinito presente en el pensamiento y este elemento constituy la interioridad ya que viene dado al sujeto y no planteado por él.

La interioridad objetiva es diálogo con Dios, que está en ella sin ser ella. Es un diálogo a través de la verdad que es luz. Al ser dada y no planteada, la verdad hace que el espíritu tenga una capacidad infinita. Ahora, ante todo, la experiencia es interior y espiritual: la verdad está presente en el hombre y lo constituye bajo la forma de la intuición originaria del ser. La persona humana y Dios están inseparablemente ligados. La solución del problema teológico es intrínseca al mismo ser humano.

Para SCIACCA el conocimiento reflejo es el reconocimiento de la existencia subjetiva planteada por el sentimiento de existir.

El acto con que adquiere conciencia de ser como ente pensante es conocer tal existencia mediante la presencia del ser objetivo en

el pensamiento: el pensamiento es objetivo por el objeto que intuye. Es la interioridad de la verdad originaria, la interioridad objetiva.

El «yo soy» implica, pues, el existir de un ente contingente, la autoconciencia y la intuición del ser (elemento objetivo infinito presente en el pensamiento). El «yo soy» es acto de pensamiento y de existencia, síntesis de finito e infinito. El elemento objetivo intuido por la mente permite al hombre ser autoconsciente.

El acto de intuir no es creador del ser. El sujeto pensante no crea el objeto o la verdad que lo ilumina. El pensamiento no es la verdad: el pensamiento participa de la verdad y la verdad es su objeto dado (la objetividad es del pensamiento en tanto en cuanto se la confiere el objeto intuido por él). De esta manera, la imperfección del pensamiento y lo positivo de la presencia de la verdad, remiten al hombre, desde el interior del pensamiento mismo, a un Pensamiento absoluto e infinito.

La autoconciencia es la síntesis del sujeto y del ser universal presente en su mente, una síntesis de finito e infinito, de sujeto y objeto. Ello implica que el existente finito no conforma al ser intuido, al ser objetivo e infinito. Además, el sentir (existir) es un sentimiento creatural, ya que el ente pensante es un finito que intuye el ser como Idea. El ser ideal infinito, constitutivo del sujeto, obliga al hombre a trascenderse (falta la adecuación de lo existencial y de la Idea, del sujeto pensante y del objeto ideal pensado).

La persona es encuentro de finito e infinito pensado (sujeto existente ser objetivo intuido por la mente). Es un constante esfuerzo por adecuarse al Ser infinito idealmente presente. Por esta participación en el ser, por la que la subjetividad se ilumina en la objetividad de la verdad, el hombre es persona. Dicha objetividad del ser es también ley moral interior al hombre. La verdad está en el sujeto pero no es del sujeto ni es producida por él. El hombre, al descubrir la propia persona, descubre la presencia y la existencia de la Persona absoluta. El valor de la persona y su sentido se busca y consiste en la interioridad objetiva, en ese depósito que Dios ha puesto en el hombre al crearlo: la verdad. Esto fundamenta la sacralidad de la persona.

Amar al hombre es reconocer en él esta intrinsicidad teísta de ente espiritual hecho para elevarse al Ser. El hombre es persona porque es espíritu y es espíritu porque le ha sido dada una luz de verdad

que no es obra suya: El hombre es persona por Dios y sólo por Dios. El hombre es por y para el Ser. Pensar el hombre sin pensarlo en su participación en el Ser es anularlo. El hombre, desarraigado del Ser es in-humano.

La trascendentalidad kantiana, según SCIACCA, agota su función en la intención científico-cosmológica (física) y viene a ser una metodología de la ciencia. KANT, afirma SCIACCA, desconoce una experiencia interior por lo que la interioridad kantiana agota su función en la exterioridad⁴.

Para SCIACCA, el saber metafísico se plantea así: El acto de pensar es experiencia sin recibir nada del exterior, es decir, que, interno al pensamiento, hay un objeto del cual se tiene experiencia, un objeto naturalmente inteligible, una idea presente a la mente y conatural a ella, de la cual el pensamiento tiene intuición. Así pues, el sujeto pensante, como sujeto que es experiencia de un objeto intuitivo, es el punto de partida de la metafísica (metafísica de la experiencia interior). La interioridad es experiencia de la verdad objetiva intuitiva por ella, presente a ella y, como objetiva, universalmente válida.

Es la autoconciencia que piensa un objeto dado interiormente. La metafísica de SCIACCA es una metafísica del hombre y no una ciencia de la naturaleza, una metafísica del espíritu, una filosofía de la existencia.

La discursividad del conocer racional es distinta del saber objetivo o intuición de la Idea. El pensamiento es tal por la intuición del ser, Idea que abarca, como Idea, el ser en su infinitud y totalidad. Esta presencia objetiva del ser es la vertical del hombre. Los conceptos nunca agotan la Idea, abierta al Ser en su existencialidad. El sujeto espiritual es, pues, experiencia plena, experiencia del ser presente como Idea (objeto infinito), interioridad llena. La Idea es dada y no puesta por el hombre, sino descubierta por él. La metafísica es la ciencia de los principios como elementos ontológicos del ente como tal y de la esencia del pensamiento como tal. El problema metafísico es el del fundamento primero de todo proceso lógico.

SCIACCA distingue entre el proceso del conocimiento humano y la verdad que se descubre a su través: Es histórico el proceso del cono-

4. *Idem.* Capítulo III: *La autonomía de la metafísica.*

cer, no es histórica la verdad que se conoce a su través. Esta objetividad ontológicamente del pensamiento. Es la verdad metafísica la que nos elige. En la intuición originaria de la Idea se hallan implícitos los principios lógicos. El problema de la verdad atañe primariamente al pensamiento y, por ello, la metafísica es una investigación sobre la vida espiritual.

Tener conciencia de sí es saberse existir y no hay saber sin la intuición de la Idea. En la autoconciencia surge, pues, la Idea y el «yo soy», acto sintético de mi existencia y de la intuición del ser-Idea, determinado por mi subsistencia. Su conocimiento reflejo es la conciencia de sí. Esta conciencia de sí no es una potencia actuada por un ente externo sentido, sino acto que puede ser especificado por un sentido sin pasar de la potencia al acto. La conciencia en sí, al implicar la existencia y el pensar, es infinita capacidad de pensar: Es la síntesis de la intuición (que hace objetivo el pensar) y de su inherencia a un sujeto (pensar subjetivo), es decir, el «yo pienso». En definitiva, la conciencia de sí es la especificación primera de la intuición originaria, la síntesis del sentimiento fundamental y de la intuición fundamental (autoconciencia). La existencia no procede del exterior, sino que es dada por el sentimiento fundamental de existir, interno al acto de pensar y que constituye un todo con él⁵.

Ahora bien, la conciencia que el sujeto tiene de sí no agota el pensar, porque es conciencia de un sujeto finito. La auto-conciencia aprehendida en su substancialidad es subjetividad (existencia) y objetividad (el ser pensado en toda su extensión infinita como objeto constitutivo del espíritu). El «yo soy» implica, así el sentir ser, el saber ser y el querer ser. La conciencia de sí no necesita para actuarse de las cosas, ya que éstas la especifican. La autoconciencia es un saber en acto, la determinación primaria y originaria de la interioridad objetiva, el primer acto reflejo con el cual el pensamiento se apropia de ese ser existencial con el cual hace el «yo soy». La autoconciencia es el pensar determinado y especificado por el ser existencial. La conciencia de sí es acto totalmente interior, síntesis de la existencia y de la Idea: Es la interioridad objetiva especificada ontológicamente por el sentimiento de existir, el primer acto de amarse

5. *Idem.* Capítulo IV: *La autoconciencia y sus formas.*

en el orden de la Idea; la unidad de subsistencia y de pensamiento ligadas por el querer ser esta unidad.

La presencia del objeto o verdad primera hace que el pensamiento sea infinita posibilidad y, al ser pensamiento de un existente, viene determinada por el ser del sujeto al que es inherente. De este modo la autoconciencia limita a la interioridad objetiva: La autoconciencia, como conciencia de sí, es finita; la interioridad objetiva es, en cambio, infinita. Por ello, la autoconciencia no es toda la interioridad objetiva. Así, la intuición intelectual del ser hace posible la autoconciencia. La luz del ser hace que el hombre no permanezca encerrado en los límites de lo creado y finito y se disponga a un cumplimiento en un futuro inmanente, mundano o histórico.

La explicación integral del hombre no se encuentra, en definitiva, en lo finito. La muerte es, entonces, la condición para el cumplimiento de la interioridad objetiva en la interioridad plena de ella a Dios y de Dios a ella. En ese momento coincidirán la autoconciencia y la interioridad objetiva: Dios, llenándola de Sí la hará coincidente con la plenitud de la Verdad absoluta e infinita.

En la conciencia de sí se está en compañía de la verdad, de la luz de la verdad. El sujeto se sabe ser porque participa de la verdad. El hombre es sabedor de la presencia de la verdad en y con la que el sujeto tiene conciencia de sí. En la autoconciencia, la interioridad objetiva es la verdad con la que el sujeto está en compañía. La autoconciencia ontológica es, pues, el diálogo del sujeto con la verdad que lo ilumina y le da conciencia objetiva de ser. Aquí se encuentra el fundamento de toda comunicación: Si antes no se comunica consigo mismo en el orden de la verdad, es imposible comunicar con los demás.

La autoconciencia se descubre en la verdad y, en el acto mismo, descubre que la verdad en la que se descubre no es puesta por ella, sino que ella es puesta por la verdad. Ha surgido, ahora, la compañía del absoluto: Es el sujeto uno y trino, es decir, la trinidad del sujeto participante de la verdad y, a su través, en contacto con Dios, del que proceden, tanto el sujeto existente como la verdad que lo ilumina (la Idea). La autoconciencia es ser sabedor de que El es. Basta hallarse en presencia de la verdad para saber que El es, para hallarse en presencia de Dios. Es la autoconciencia teísta que, así entendida, es el primer encuentro del sujeto con la verdad que lo constituye y

lo trasciende y, a través de ella, por vía analógica, con Dios. Dios es el Tú interior y trascendente. Es después de ello que toda forma de sociedad y de solidaridad es posible, ya que se comunica sólo en la verdad, en ese elemento divino constituyente del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Dios se ha comunicado a los hombres en la Palabra de la Verdad (Cristo), la Verdad crucificada y resucitada. Por esto es el Camino, la Verdad y la Vida. Dos hombres se comunican si están en la verdad, se entienden en nombre de Dios. Nosotros nos conocemos en la verdad y sólo en ella. Saberse es saber que El es, comunicarse con El.

O bien se lanza al hombre a un futuro inmanente, o bien se sigue la vía de la comunicación del espíritu en la Verdad revelada sobre el fundamento de la verdad natural. Lo primero es antinatural e inhumano, ya que desarraiga al hombre de sí haciéndolo fin de sí mismo, acabándolo por enterrar en la fértil tierra; lo segundo da al hombre su destinación trascendente por encima de la historia y de la vida humana, valorando el tiempo desde la eternidad. No se trata de vivir en el tiempo, ni de vivir fuera del tiempo: Ambas posturas son inmanentistas, naturalistas y materialistas. Vivir en el tiempo es sobrevalorizar lo mundano e idolatrar la historia asumiendo la finitud y esclavizando la libertad en la naturaleza: Morir antes de morir. Vivir fuera del tiempo es desvalorizar al mundo y al hombre haciendo inútil la vida. Hay que vivir el tiempo, que es para el espíritu. Este, actuándose, hace que el tiempo sea, cumpliendo la prueba en presencia de la verdad. No hay sentido de la historia en abstracto: La historia es de personas, todas juntas en la verdad para la Verdad.

BIBLIOGRAFIA